

La edad del lobo fino

Juan Arias Bermeo

Recopilación de Poesía Libre

JAB Publicaciones

Edición Formato PDF: Junio 2025

Autor-Editor © Juan Arias Bermeo

Índice

[Hermano Frailejón](#)
[Arupo en levitación](#)
[Desfiladero de Dionisio](#)
[Árboles que se fueron](#)
[Lobezno](#)
[Curiquingue](#)
[Ecos del murciélago](#)
[Arañas de jardín](#)
[Árbol siamés](#)
[La edad del lobo estepario](#)
[Tardecita](#)
[Ojos](#)
[Aurora](#)
[Batalla diminuta](#)
[Persecución](#)
[Luminoso Ilaló](#)
[Belleza canina](#)
[Iluminado himalayista](#)
[Fragata](#)
[Difuntos](#)
[Patagonia](#)
[Belén](#)
[Gorila nublado](#)
[Duende egoísta](#)
[Bipedación](#)
[Chimborazo](#)
[Ventana](#)
[Cochinilla de la humedad](#)
[Crédito](#)
[Visión de otoño](#)
[Graciento Bloom](#)
[Tiempo recobrado](#)
[Viaje al fondo de la noche](#)
[Túnel vegetal](#)
[Rocinante glacial](#)
[\[...\] Y medio mundo feliz](#)
[El Refugio](#)
[La Rinconada](#)

[Kibutz Gazit](#)
[Nacido para trotar](#)
[Salud volcánica](#)
[Casita del árbol](#)
[Cónsul Firmin](#)
[Devora, devora, devora en paz...](#)
[Gran Madre](#)
[Banquete de mirlos](#)
[Dragoprincesa](#)
[La Maga](#)
[Ceguera nocturna](#)
[El llanto de Sancho Panza](#)
[Transmigrando](#)
[Martes callejero](#)
[Río oscuro](#)
[Walden](#)
[Canción del Pirata Urbano](#)
[La Edad del Lobo Fino](#)

Hermano Frailejón

Reinas en angelados páramos y lagunas;
vigilas el sueño del volcán Chiles con tus legiones,
eres turgente paisaje de remota altitud.

En perenne talante de guerrero presto a cantar su fado,
resistes el embate de la tempestad y sus agoreros
mecióndote al son de furioso ventarrón gris;
amaneces enhiesto y cubierto de escarcha
que cede al fulgor de la luz ecuatorial.

Revestido de impavidez,
hermano Frailejón,
sufres la existencia sin amortiguadores.
Cargas el genoma del gladiador salvaje
y el de amante generoso,
prevaleces ante gélido temporal,
te mimetizas con el rigor primigenio.

Radiante te entregas a veranillos intermitentes,
tu faz de seda despide perfumes almendrados,
donde van a refocilarse polinizadores
atraídos por las feromonas del estro.
Alados diminutos yacen en el tálamo afelpado del amor,
ellos portan la semilla de los guardianes de la serranía.

Desde la atalaya humeante del diezmado cóndor,
te nutres abismado en el nacimiento andino.
Bajo azur mañana se yerguen los pilares del sur,
los volcanes desnudos y los nevados en desglaciación,
sujetos por el entresijo que hace prieta a la Pachamama.

Testas de medusa envuelven un pozo sagrado;
al filo del barranco gozan con las cuerdas del universo,
música visual:

perfil dentado de la cordillera;
trampolín a pacífico océano de nubes.

Allá bulle la caldera repleta del maná de los trópicos;
por el cañón sube el piar de golondrinas de bosque nublado,
trepa el aroma de encendidas bromelias e invisibles orquídeas,
desparramándose en almohadones y esterillas de páramo.

Camufladas entre murmurantes colinas,
aguas de intenso celeste reflejan,
cual oasis de un desierto de pardos verdes,
flores que revientan amarillas de tu esbeltez.

Oler la pureza lobuna es caminar contigo,
hermano Frailejón;
respirar aquí arriba hecho fauno,
es beber de los humedales de Gea.
Oh, multitud de frutos dorados;
Perdido en el rumbo fijo de los ojos que se duplican,
broto del cuerpo y el alma de un ser bifronte.
Somos el espectador que voltea a ver al otro andante,
el que sonríe tan cerca y tan lejos de humeante civilización,
confundido con ejército apolíneo proa al sol.
Voy arropándome con las múltiples orejas de conejo,
el otro va clavándose de cara en un remanso de suspiros,
ya está holgando con seductores efluvios de Gaia.

Arupo en levitación

Pequeño entre la sombra espesa de eucaliptos decorativos,
el arupo escapa de oscuro y fresco zócalo selvático,
por fuerza inclinado cayendo hacia occidente,
es un tupido ramaje horizontal proa al sol de venados.

Aromas de café cunden en la morada del montañés;
viniendo a la mañana nebulosa cargada: de rocío,
de flores silvestres guareciendo a insectos saltarines,
de pencos de sábila ascendiendo superpuestos,
de mariposas nectarívoras en margaritas diente de león,
de cochinillas medrando en arpegios de armónico viento,
de volanderos trinos de ruiseñores de la altitud.

Ventanas abiertas al árbol desnudo
de pálida piel exfoliada,
extendiendo sus brazos tortuosos,
de múltiples y nervudas extremidades,
a la deidad lumínica de intensos colores:
en pos del clímax vitamínico solar.
Aires de mayo echaron a tierra hojas pardas;
hojas lanceoladas inertes crujiendo en húmedo suelo,
confundidas con raíces maternas serpenteando
a flor de hierbas rastreras refugio verde de gusanos,
alimento predilecto de atigrados gorriones,
manjar de esbeltos y azabaches mirlos,
golosina de canarios y tórtolas glotonas,
anunciando en lenguaje alado la floración íntima.

Desfiladero de Dionisio

Garua y sol reverberan en el sendero de lajas azules
empatadas por la naturaleza eónica;
soy un velero en la estática del mediodía rijoso del sátiro;
voy al campo de las delicias de dríades ardiendo en árboles de papel.

El reverbero de solitarios picos andinos sufre agua volandera;
luz y calor terrestre abajo en la senda azulada;
sombra granítica y gelidez aérea ululan con las pirámides,
verticalidad azabache ascendiendo vaporosa al firmamento.
Apuras el aperitivo de flores diminutas;
te nutres de racimos violetas de genciana,
esencia de la frontera del pajonal,
maná de almohadillas de páramo.

Ondas acústicas trae la vibración y fuego de las dríades;
banquete de feromonas de bosque musgoso;
cosecha de aromas y sudores virginales,
es la altitud potente del desfiladero de Dionisio.

Árboles que se fueron

A la sombra del chereco
es otoño ecuatorial;
canta el duende,
drupas caen;
vegetal yerto,
la tierra come.

Sol de aguacero reverbera
en la lejanía del meridiano
gótico,
de trémulo sauce.

Vientos embisten la selvita
de sábila y geranios;
humedades nutren el campo
arrebujado, que guarda
restos lobunos renaciendo
en la piel rugosa de eucalipto decorativo.

Donde acaba uniforme verde
el veranillo se ha esfumado,
y la hora se cubre de pardos;
bajo el ramaje de la copa,
haciendo esquina fulgente,
es la estación de las hojas
de árboles que se fueron.

Lobezno

Brota del superpáramo luminoso lobezno;
solitario entre mechones de pajonal reverberando,
curtido en la meseta que fue hábitat del cóndor:
ave que vino a ser el fantasma del escudo nacional,
ave reducida a fábula infantil y cántico patrio.

Lobezno de horizonte henchido de lomas pardas;
yo divagando en el retorno de los venados al pie del coloso.
Lobezno de llanura regada por deshielo galopante;
yo expuesto a la mirada vigilante de manada cornuda.
Lobezno de glaciares moribundos tostándose al sol;
yo metido en nervudo mapa de piel esculpida por el tiempo.
Lobezno de mediodía en la altitud de fuentes volcánicas;
yo transeúnte en el ritmo de vertiente y la siesta prometida.
Lobezno habitante de la resistencia en gélido piso biológico;
yo sumergido en un jardín liliputiense de almohadillas voluptuosas.

Curiquingue

Carroñero de rumiantes caídos en el páramo,
dominas en los rigores de la zona nival;
nada se desperdicia en el jardín de origen,
eres el humus de esponjas floridas.

Fotogénico adusto,
no ensayas a posar;
en el verdor de succulenta deidad,
eres el curiquingue trotador.

Gélido viento desciende implacable,
cierra la huida del conejo cimarrón;
cae el depredador de la altitud nebulosa,
garras letales se hunden en carne tierna:
eres el curiquingue devorador.

Ecos del murciélago

1

Glorioso despertar el del murciélago...
Vine a luz cargado de mujer silvestre,
la noche del mar salobre nos preñó

de los perfumes de la gran salud,
nos llenó con el vino que mana
dulce de los surtidores del rapaz.

Amaneciendo a los grises del cielo celta,
el verdor que reptaba hasta las simas
había alumbrado fanerógamas azules,
y las aguas se tragaron a la meiga
dejando una sabana de sargazos.

¡Qué tragedia la de Diana de Bergantiños!,
ella amó conociendo de qué iba a morir.
¡Qué tragedia la de Salvador Pineda Pinzano!,
él amó ignorante de qué iba a renacer.
Sólo sé que el zorro volador era pesadilla antes de ti,
sólo sé que volaré la vida entera después de ti,
entre el pozo proteico del noctívago pescador
y el paraguas vitamínico del higuérón solar.

2

¡Modernización de la naturaleza!,
eres la plaga del antropoceno,
eres la madre de la resignación...

Oh, desarrollador a ultranza,
todo en ti es monetizar,
¡padre del futuro hambriento!

No riges en la inmensidad de este contemplador,
no eres el ojo de agua que encierra y cría a la trucha arco-iris,
no eres el trueque para comer y beber de la vecindad campesina,
no eres el mediodía de mis perros guardianes,
no eres la música de hamaca del amanecer,
no eres la ardiente deidad de la montaña.

3

De los palomos picoteando en iridiscente hierba emana canto alado,
refrescante chubasco ha dado fulgores a la sequedad amarillenta,
descienden aromas de flores epífitas del árbol de podocarpus.

Haces de luz otoñal inyectan fuego púrpura al chereco,
su ramaje retorcido danza con el benigno aire del crepúsculo,
flotantes hojas sudan las vitaminas de la vida.

Tras la muralla que filtra el maná eónico de las esferas,
se enciende el concierto de cuerdas de las galaxias,
fenece el rugido fúnebre de la factoría de bloques,
no abro los ojos a dormitorios que han sepultado el bosque andino,
tiendo las manos a las líneas femeninas de la cordillera languideciendo,
abrigo paisajes cargados de exquisitos silencios,
llenando el espacio con los santuarios del vividor.

Es tiempo del entrelazamiento con los trópicos que intima el murciélago,
y prenderse al higuera sagrado a la vera del arroyo que corre al río-mar,
hincar los colmillos en el fruto millonario de la tierra sensual,
succionar del néctar que brinda el pecho henchido de la diosa nutricia,
donde aún no llega la coyuntura desbrozadora del obediente ciudadano.
Tan cerca del brazo ejecutor de la magnificencia para lo obtuso,
habrá un horizonte de dragones persiguiendo náyades escarlatas,
habrá máquinas animales voladoras esparciendo la semilla de la selva.

Arañas de jardín

Ojos que acechan en el claro
de la enredadera que hace
un nicho biológico intocable:
país de las arañas de jardín;
cerco de flores naranjas,
receptáculo azabache de
lúbricos zánganos.

Recolectoras millonarias
de zancudos y moscas
que pululan en húmeda selvita,
despensa de tupidos helechos.
Al abrigo de canora conífera;
reinan cara a la luz de su geometría
estirándose sobre vainas verdes.

Artistas de la quietud resistente
al azote del viento y las aguas,
telarañas que conviven con
territorial mariposa y los
grillos comedores de hojas.

Silenciosa comarca que vigilan
desde lo alto aves insectívoras,
animadas por jugosa oruga
pueden ser el meteorito que
destruya la red de la cazadora.

La intemperie de la araña
enciende al espíritu observador,
le comparte su original tensión;
de las creaciones de lo salvaje
surgen castillos de la perfección.

Fruto de un mínimo aislamiento
se plasman redes complejas;
arácnidos que sugieren disciplina,
entrenamiento de los sentidos,
acción contra la atrofia común.

Natural guerrera, es su fortaleza;
plantada en la incesante atención
se perenniza en la aristocracia,
antídoto radical ante la deriva
que trae fácil adormecimiento.

Árbol siamés

¿Quién te pilló proyectando en la inmortalidad?

Árbol siamés que estiras doble sombra a occidente,
troncos dibujando el despertar fresco del montañés;
languidez de cuerpos vegetales bifurcándose,
encendiendo betas en el pasamano cobrizo.

La nitidez del reflejo de tu goce solar,
es la frescura de tu arco melodioso;
el ser bifrante de silencios nudosos,
es el perfume matinal de cariátides.

Levantas vapor arbóreo,
liberas humedades nocturnas;
absorbes vitaminas del astro,
nutres a tu río viviente.

Conforme el esplendor de tu magnitud se encoja,
alejándose del cenit de tu hermosura,
será devolverte a la pálida tierra como si nunca
hubieses esculpido el tiempo al son de una hamaca.

La edad del lobo estepario

Trotando vas por el candente Toboso
en pos de una piel fresca,
imaginando la flor rosa y blanca
que del arupo toma el aventurero.

Buscas donde hincar tu desencanto,
ya quieren herir el fruto del erial
tus ávidos colmillos;
ya quieren hundir su fiera amargura
en muslos tiernos,
desgarrando carne dulce
de prieta campesina.

Jadeante en la tórrida depresión,
enloqueciendo con los aromas
de Acacia macracantha,
persigues el rastro
de la sensualidad volcánica.

Sediento te zambulles en virginales aromas
abrazando ignota hermosura,
figurando entrar en sus erógenos labios.

Lobo estepario,
trotando vas por el bosque seco de ceibas,
aspiras diletante la sinuosa desnudez arbórea.

Seducido por desconcertantes fluidos
te pierdes en las turgencias de Venus Tropical;
voluptuoso danzas en sus caderas,
ya no extrañas las máscaras de tu bosque gris
ni caminas angustiado por la loza del mendicante.

La rutilante fealdad del cemento,
tu otoño callejero,
no te azota más.

Entre la aromaticidad del palo santo
tienes hambre de enamorar y enamorarte;
fragancias te atrapan,
adolescente otra vez,
en los secretos de la núbil muchacha.

Tardecita

Cursando la tardecita renací para morir;
en la pradera se encienden fanerógamas;
libélula arponeando el cerebro de su amante;
lobos husmeando la huella del desahuciado alce;
águila real precipitándose sobre diletante roedor;
zorro persiguiendo el aroma apetente de un topo.

Bisontes incendiándose en la primavera de almizcle;
estro esparciendo feromonas en la edad de la procreación grupal;
intemperie a la que nos devolvemos, salvajes, como vinimos.

Bonancible aire peina el pastizal que se pierde conmigo;
púrpuras se mecen en la agónica vastedad del cielo;
las furias invencibles brotan de la esperanza;
ángeles del averno degüellan a las musas solares;
dragoprincesas reinan donde yace mi cascarón.

Ojos

Ojos que reflejan poesía: miran,
son el maná que se cultiva extático;
antes que la enfermedad los nuble,
revientan en los verdes que deja el aguacero:
revientan en el calor corrompiendo hojas caídas
y con el mirlo dando brincos de lagarto terrible.

Ojos que respiran sin un objetivo específico,
fijándose en la flor en sí se reconocen en el planeta
añadiendo pizca de evolución cromática:
una polilla arcoíris es singularidad notable.

Ojos que no habitan en la ceguera del rebaño,
ojos que no fríen demonios en la sartén del bulímico,
ojos que no tragan asfalto,
ojos que no son pasto de un corazón anoréxico,
ojos que no cosechan en la mies del mercachifle,
ojos que no rumian las baratijas del yo ansioso.

Aurora

En la montaña dialoga con las horas,
a ella acude solo por su ruta nebulosa.
Trepas al lomo escarpado del animal andino,
respira pajonal de amanecer desnudo
bañándose del rocío verde y amarillo.

Aceizando en la cuesta sobre las nubes
transpira el don de las lejanías pétreas.
Las matas que mece el viento de altitud
chocan a estribor del navío gris anclado
en la bahía de los cerros bamboleantes.

Quitándose de la colmena de la muerte,
de espalda al desfile escatológico

de fieras mecánicas destilando carburo,
avanza;
sepultando los hábitos del enajenado
bebe del eléctrico azul de ojos rapaces.

Cargándose a sí mismo a nadie sigue,
ninguna caravana le infiere cadavérico
aliento de expedicionarios tintineantes:
ponzoñas graduándose de cósmicos,
moderna peste disfrazada de pioneros.

La cumbre mimetiza con la garúa;
ante sí nace otra cima ferruginosa,
arremete a su empinada resistencia.
La cumbre que dejó atrás no la ve adelante,
convertida en arenal deleznable.

Batalla diminuta

Brota de la pantalla de cristal líquido el arácnido,
salta sobre la mosca que se revuelve ruidosa:
dan volantines en una cuadrícula de la nave bifronte,
ajenos en el ardor de la lucha a la mirada del testigo.

Un lápiz afilado separa con precisión a los gladiadores,
interviniendo en la repentina acción de vida y muerte,
rescatando al generador de la página en blanco.

Doblando la víctima el tamaño de su victimario
se retira, centímetros, a una esquina del teclado;
aturdida por los golpes, aún indemne, respira.

A ínfima distancia,
el perseguidor resuella inmóvil,
dando segundos a su afán devorador.

Carga el arácnido fulminante,
colmillos en ristre,
atrapando a la presa:
formando ovillo zumbante,
deslizándose bajo un papel.

El espectador,
levanta el sigilo incorporándose raudo,
provocando el corrimiento del escritorio,
expulsando de sí a los diminutos vividores:
la mosca atina a volar,
la araña saltarina pende de un hilo en el vacío.

Persecución

Beldades danzan ,
baten el lecho fresco de la fronda,
se besan febrilmente, aullando.

Enfoco petrificado a las bacantes,
cargando flores secas en la mano
que no acariciará pieles prietas.

Bermeja luz cuaja en el ritmo,
mujerío ofrece sus dones
tumefactos al rey de los hongos;
ajenas al ardor del mudo testigo
apartándose del divino néctar.

Aires benignos me empujan fuera
del fasto, viene instintivo alejarse
y transferir la escena voluptuosa
a las profundidades del pozo,
ahí crío el festín que erupciona
intempestivo en el catre anacoreta.

Reprimiendo ver sobre el andar,
la inocente sensualidad desapareció.
Devolviendo gruñidos feroces
harpías jadean en persecución,
un resorte las mueve a destazar

al paseante del ramo marchito.

Luminoso Ilaló

Rechoncho animal andino
otrora temible volcán,
altivo recolector de magma
hoy diletante panel solar.

Los molones esparcidos,
en los valles que rodean
con oropel tu agrietada piel,
testimonian un pasado febril.

Las entrañas algo tibias
brindan ojos de agua termal,
memoria del ardor telúrico
cuando eras un ser en erupción.

Cerro que acoges sembrados,
bienes semovientes y pastores,
aun en la chata cumbre que,
al fin de erosionado sendero,
engalana la cruz del invasor.

Ayer alojaste vertientes,
abono de primordial verdor;
tu pretérito bosque botánico,
hogar de fauna que se extinguió,
se vislumbra en una mancha
que a sus ruinas se aferró.

Perdida tu salvaje dotación,
la que pone real distancia,
ahuyentando de sí la polución
que esparce el agrimensur,
te convertiste en esponja de sol.

Belleza canina

El perro de ex-pastor, cola batiente, hace pista,
es un aporte vívido a la cuadrúpeda perfección.

Circunvala atento el perímetro del espectáculo;
la mano de un guía hábil saca hartos provechos,
a su anatomía, esculpida en los ojos del criador.

La manipulación genética del perrero apostador,
sin añadir inteligencia al ejemplar de exposición,
viene escamoteando natural ejercicio evolutivo.

Se envanece con el peludo fin de sus desvelos,
fabricando angulaciones y formas de fantasía,
nada ponderantes en la lucha darwiniana.

El viejo instinto de presa reducido a una ovación,
se aleja del intrincado mapa odorífero primordial,
atrofiando la memoria que hace a un rastreador.

Sin pastorear instintivamente en el descampado,
desconoce el jirón agreste donde el lobo se aplica,
quien recorre en manada extensiones maratónicas,
en la jornada que exige su alto rango depredador.

Le llaman a gritos noble perro de exhibición,
en la literatura de catálogo es el mejor amigo,
con etiqueta de sùmmum de lo versátil.

Atrapado, a la sombra de cerril cotidianidad,
enloqueciendo de inacción, hediondo a jaula,
paga puntualmente el tributo a su hermosura;
quizás media hora diaria de pasto y de sol,
acaso una carrera para ladrarle a otro cautivo,
es el premio que recibe del famoso amansador.

Iluminado himalayista

Cargando la cruz del romántico
retaste a los colosos de oriente,
y regresaste iluminado
merced al singular poder,
que otorga a sus adoradores
el gran Señor de la altitud.

La palabra del jovial Nazareno
ya sobra en tu discurso de gala;
eres el elegido de las nubes,
un enviado del Buda trepador.

Ya no más, bárbaro;
alumbrado coleccionista,
¡bájate de los montes ochomil!

Vejando la huella fabulosa del Yeti,
entronizas la basura sintética
que arroja el simulacro de conquista.

Ya fluye tu consagrado verbo
en la parodia del precursor;
arriba, en el escenario que animas,
desde el teatro que te hace popular,
repartes el don de la cumbre fotogénica;
entre un público ansioso de medallas,
que sueña con ascender su montaña
y posar en el ápice del vencedor.

Ya no más, bárbaro;
alumbrado coleccionista,
¡bájate de los montes ochomil!

Fragata

La paciencia milimétrica del artesano la creó.
Izando velas en un magno océano de nubes,
entre montañas, está batiéndose con las olas
del amanecer, proa a la lejanía del montañés,
rumbo al incendio que gira en su propio eje
en la región que explora el capitán sin puerto.

Se vería estéril en la vitrina gris del sedentario,
allí exhibiéndose como un objeto inanimado,
y que alguien se pregunte si tal caro capricho
sería capaz de flotar en la pileta del patio árabe,
o acaso luzca como el nívico cisne de espuma.

Miniatura incorruptible en el mar de vapor,
nació para transitar la penumbra del ser;
navegando en pos de la luz vitamínica,
no se acomoda al corredor de reliquias
ni a ser el lujo de coleccionista lunático.

Las manos del artista la hicieron para resistir,
embriagándose, en horizontes de cordillera.
Oscila sin presentir la travesía del ave emigrante,
tampoco el surcar grasiento del buque volandero,
siendo una fragata que no conoce muelle
su jornada se repite en la aurora del altiplano.

Difuntos

La celebración de Difuntos no me trae gracia;
parece que estuvieran pataleando,
convidados,
en el sainete que monta un dadivoso anfitrión.

Está de asueto el pasado que fabrica imágenes,
bienvenidas;

apenas hallo ebrios de panteón,
visitantes de lápidas que el resto de jornadas
asoman vacías, ajenas al consuelo palpitante.

Bendito el espíritu que medra en la intemperie
devolviéndose: a la flor diminuta de páramo,
al hábitat de la isla cautiva entre manglares,
a la fuente selvática de invisibles carnívoros,
al bosque de árbol de papel,
al espejo de río,
al velero bergantín de once cañones por banda.

Felices aquellos que no festejan su aniversario,
sin recibir la triste anualidad de deudos solares
en un perímetro cerrado con tapiales de olvido.

Me niego a saludar a un frío epitafio de mármol,
a recitar una oración con el rigor de un muerto,
sobrio como una tumba y,
derramando penas,
despedirme con un mohín de sí me acuerdo
pero, ¡Dios Misericordioso!, luego, fuera de esta
loza, que se nos pierda ese feo reflejo a calavera.

Los míos, adelantados, están con el músico nato,
cantan en el amanecer del jilguero encapuchado;
ellos respiran,
diseminados entre silencios vegetales,
confundiéndose con el recio forraje de montaña
y el aroma espíneo de la zarzamora y el mortíño.

Patagonia

Tierra fértil en dinosaurios de amplia gama,
legado rompecabezas de un mundo perdido,
grama de vegetarianos en rebaños colosales,
hogar del carroñero a imagen de un toro bravo
y del bípedo que pateaba a morir con sus puñales;
levantaste un gigante dotado de maseteros trituradores,
antípoda del diminuto emplumado que ambicionaba volar.

En el mundo eres la garra curva del confín de América,
memoria de una alucinante raza que no es fabulosa;
sus formas caprichosas duermen aún en la sabana,
aunque no menos curiosas que el ñandú pampero,
portan un aura magnética, prez de la evolución.

Madre de lagartos terribles y mansos ramoneadores,
mimados de la creación, especies de largo aliento,
especialistas en sobrevivir milenios, extraños al ser
que destapa sus huesos: el humano de luces que
ajeno al delirio futurista descubre diamantes,
maná paleontológico, equilibrio planetario.

Belén

Cuna del hijo de Dios, revelación cristiana;
suelo del Mesías venidero, dogma judaico;
fortín que recita el Corán, patente islámica.
Entre muros que dividen religiones, tantos,
reclaman heredad en el tesoro: Tierra Santa.

Desierto del árabe pastoreando milenios;
colina que aviva la fe armada del rabino;
paredes que dan de beber a la intifada;
acera vaciándose de nativos cristianos;
refugiados: liberación de las Furias.

Asentamientos reemplazando bosques bíblicos,
miedo con vista a un hacinamiento de rencores;
parientes belicosos partiéndose ondulante erial,
parcelando la fe, impelidos a dialogar en Babel.
Vigente punto de inmolación: Tierra Prometida.

Gorila nublado

Arrinconado en retazos de bosque nublado pervive,
víctima de los conflictos fraticidas de África.

Es el hermano que sufre vano exterminio,
su mirada languidece en el exitoso Homo sapiens,
quien, con su alma fisurada en los templos de la utilidad,
viene apagando los ojos vivificantes del animal puro;
extraviando ancestral comunión con la intemperie,
reina en el vacío, alrededor de fría explotación,
suerte echada en el estruendo desmitificador.

Los humanos que defienden al cercado gorila,
son el brazo ejecutor de una sabiduría pragmática,
instintivamente se conectan con el valor de lo tangible,
retornando a la matriz, en una necesidad categórica;
sin ver en ella la despena del informado heliogábalo,
emprenden en la acción que abarca un destino.

Duende egoísta

Genio adolescente, pío en la nota del ave mielera,
pasante sátiro por el sin fondo de la carnalidad;
vital funámbulo en la dimensión del creador,
acogiendo los valores de ser uncido a la tierra
cultivas el fruto de la múltiple soledad del higuierón.

Viandante extremo, al límite de la sima del pasible,
incursionando en el sudor vegetal retoñas enérgico,
indispuesto, ante las plásticas caras del hidrocarburo;
desatendido del averno maquillándose de hermosura
creces hacía dentro, en la raíz que abonan los astros.

Transmigando del estigma de las horas desechables
empataste con el brujo que sacudió a la víscera rey;
en la zona del inventor de lo elemental que conmueve,
te acomodas en el dibujo cavernícola del primer artista.

Sufrir el vaho hórrido de las chimeneas del maquinismo,
es tránsito obligado; experimentar el círculo desarrollista,
ya jornalero de la ambición acumulativa en la cortedad,
fue reivindicar tu fortaleza: la capacidad de renovar el alma.

Bipedación

Millones de años, previo a la expansión cerebral,
aporcando el terreno para la floración pensante,
se inició la bifurcación entre arbóreos primates;
viaje silencioso en el espacio del ensayo y error
consumando la separación prensil del Homo sapiens.

Incorporándose en sus pies se echó a andar el ser
que paulatinamente abandonó la animalidad pura;
fin de la candidez mamífera, inicio del existente;
adiós al balbuciente colgando de la bóveda verde,
ineluctable asociación de la infelicidad metafísica.

Caminar erecto, portento estructural y energético,
liberó las manos del afán trepador del oportunista,
reventando en formidables útiles de alta precisión;
debutante inteligencia abrió ruta a la contemplación,
herramientas que a la vuelta movieron montañas.

El mutante entreveró vegetales con médula ósea
inyectando la proteína que proyectó al carnívoro,
estimulando el viraje hacia la cúspide alimentaria,
apurada transición de presa a depredador consciente:
insaciable en el aprendizaje de la suerte de matar.

La incipiente mente estrenó sentimientos básicos
maravillando de su poder para tentar lo ignoto,
esculpió dioses originales, cuales adorar y temer;
poderosos distribuidores del caos y del bienestar
trajeron religiosidad, luz y sombra: paz y guerra.

A los sentidos elementales del cazador-recolector
se le añadió quietud sedentaria que socavó la alerta,
degenerando la capacidad de asombro por la vida;
el fin de la bipedación plasmó en un día geológico,
inventar la bomba tomó segundos de esa jornada.

Chimborazo

Cumbre tropical que el caballero Whympers holló
dando apellidos a sus cúpulas enfilando al sol;
hundiéndose en ápice nívico, antes del crepúsculo,
izó bandera pirata sobre esa formidable cúspide,
materializando la cima del mundo que creyó ver.

Monte, colosal, ascendiendo del pupo de Gea;
arriba, observando desde una vitrina espacial,
es el pico prominente que palpó el noble inglés;
sobresaliendo en el vientre del animal esférico,
es el delirio de Bolívar frente al helero de ayer.

Tan pronto,
de las nieves invictas pasaste al infértil deshielo.
Los prohombres que testimoniaron tal esplendor
partieron augurando inmortalidad a sus murallas;
aun los sabios calculadores del cambio climático
pronosticaron tardía muerte al nevero ecuatorial.

Fueron instantes, un decenio desfiguró su prez,
el detente que formaba el glaciar, diluyéndose,
corre inocente: agua fósil que el carbono soltó;
una existencia humana vale para dar fe del fin,
impasible ante la vida que florecería un desierto.

¿Quién reconocerá al gigante el siguiente lustro?
Será un buque fantasma naufragando en piedras,
caudales grises formarán sendos cráteres yertos,
preparando el sarcófago de los domos azucenas,
fallecientes, derritiéndose en cruda indiferencia.

Ventana

Extiendo mis manos a un árbol que se hace fruta,
cautivo en la luz generadora de festival mañanero
matices silenciosos corren tras el mirador vegetal.
Germinan verdes desplazando el gris de la aurora,
despierto en la cueva despidiendo aires de cafeto.

Secretos cantores del amanecer son observados
se ausentan airoso de sus cestas en el ramaje,

aliviados de la ferocidad de aves rapaces transitan,
entrecruzándose, los insectívoros y polinizadores:
activándose el sustento a flor de tierra y en el cáliz.

Tórtola escarbando en la huella fresca del rocío
apurando rauda una lombriz ante el glotón mirlo,
que de un salto la mueve del siguiente bocadillo.
Ave bruja se posa en chumbera ahíta de líquido
incorporando el diamante de los jardines de Pan.

Colibrí tierno, aprendiz fulminante de nectarívoro,
choca en el engaño que trae transparente cristal,
rebotando indemne aprende a evitar quieto intruso
que ayer no percibía; hoy emergió al apetito voraz,
a beber energía con la prisa del dispuesto a morir.

Cochinilla de la humedad

Intrépida caminante en la baldosa,
huele el peligro de explorar en lo ajeno
investigando tras las murallas prohibidas;
ojos humanos acechan su diminuto apuro,
refulge el caparazón arena, las múltiples
extremidades se frenan mimetizándose,
intentando desaparecer en el vasto piso
envolviendo el cuerpo entumecido.

Dos fantasías, sensibles dedos en pinza,
maniobrando con precisión milimétrica,
prenden a la familiar criatura de la niñez,
verifican en la piel su ínfima complejidad:
esa creación eónica vientre arriba.

¿A qué roca perteneces, crustáceo antediluviano?
Soy una reliquia, y me veo así de añosa:
diría que tengo millones de años más que vos.
Se me confundió el rumbo de mi cueva,
aunque presiento esa oscura calidez,
será que estoy tan lejos de su humedad.

¿Sea, vas a eliminarme? ¡Oh, ente invisible!

Podría decir que sí, que la escoba mata,
te confunde con basura vil; mas,
he de liberarte, como las otras, sin excepción,
cuales vengo desalojando a diario de mi lugar;
haré un epílogo glorioso de tu extravío,
volverás incólume al claroscuro de la saponaria.

¿Tanto puedes? ¡Oh!, es difícil de imaginar,
cómo pretender abarcar tu todo material.
Sólo sé que tienes un tacto exquisito, gigante,
podrías reventarme en un tris, si no por matar
por mero descuido, ¿en eso consiste mi gracia?

La pinza se abrió, desciende al imán de la tierra,
aterriza en mullido colchón de verde.
La fragante humedad de la saponaria la acoge,
rauda se orienta a la tiniebla bajo piedra
meditando en la temeridad de su mayor aventura.

Crédito

Ocupación: existente; recreo: vivir.
Habitó entre dos lomas abrasantes
son los senos de Gea amamantando
al montañés en su hogar de madera;
el indígena gime de placer con ellas.

No eres sujeto de crédito, alucinas.
Repasa mejor el arte de los doctores,
sé el carismático gallo de la catedral.
Vivir es cosa de caminantes, poetas
alucinados, pintores esquizofrénicos.

Ni estoy acá por un favor comercial,
vine a devolverte tus vagos abrazos.
Dije: tengo quien me estruje de verdad,
sus caricias despiden poder telúrico y
no es un bocadillo ácido de facilitadora.

Grosero, pelafustán, así me ves;
grito, ¡el siguiente!, si no enmiendas.
Por Cristo, hombre, piensa y mide,
pisas la antesala de adquirir ego,
el numen del tipo bienaventurado.

¿Estamos conformes en lo dicho?,
mi oficio es volver a cuestionarte...
Profesión: agrimensor, en libre ejercicio;
domicilio: Cuesta de los Bajantes;
culto: refocilar con lo magmático.

¡El siguiente!...

Visión de otoño

A la sombra del árbol de chereco
gime y danza trémulo el otoño;
canta el duende,
drupas redondas y azabaches caen.
Vegetal yerto la estancia come;
sol de aguacero reverbera
en la lejanía del meridiano
gótico de las montañas.

Vientos embisten la selvita
de aloe feroz y geranios.
Humedades nutren el campo
que guarda restos lobunos renaciendo
en la piel rugosa de araucaria.

Donde acaba uniforme verde
el veranillo se ha esfumado y
la hora se cubre de pardos;
bajo el ramaje de aromático eucalipto
tiembla la tierra fulgente,
ahíta de hojas muertas.

Graciento Bloom

Saltas a la luz con el nombre que te dio tu jornada vigente,
desayunando vísceras arrancas el jueves del solitario andante.
Alivias el vientre imaginando fabricar un cuento de concurso;
usas el papel que brinda la obra ganadora,
suspiras por los renglones de fama que te daría tu genio.

Monólogo incesante es el hombre que pasea su atareado cerebro;
activando la palabra interior, que alimenta los sentidos en alerta,
supera la intrascendencia del vendedor de anuncios comerciales.
Navegando en los ríos de la percepción vas anotando todo,
desde la poesía del capitán, en reorganización retrospectiva,
a la inteligibilidad del constante cálculo en la faena callejera.

No elucubra para el periódico ni las muchedumbres,
los otros ambulan ajenos a su veloz entendimiento;
conecta directamente con las islas que receptan su mensaje,
señal abierta que ancla en diferentes puertos del universo;
consciente de cada segundo respira su don precioso:
la posteridad que le asegura su apuesta nemotécnica.

Hay que flotar erótico en la bañera pública,
y perfumarse para asistir a un entierro de largo aliento,
a una boda vegetal, a la visión de un almuerzo troglodita,
al tentempié con tostadas de queso gorgonzola y vino,
y volver a deglutir la mantecosa exquisitez de las tripas.

La tarde surca en el océano sensual de Molly Bloom.
Fuegos del estertor estival incendian la playa,
el nómada desflora a la sombra púber de una doncella.
Portando una patata, el amuleto contra el hambre,
se adentra en el laberinto bohemio de Afrodita popular.

Cuando retorna al hogar ya es un flamante mañana,
atraca en el insomnio galopante de la carnalidad.
Su odisea de horas se hicieron siglos en las páginas
del Ulises moderno que por fin desembarcó en Itaca;
duerme en las prominentes caderas del olvido:
capturó la partitura que se recreará todos los días.

Tiempo recobrado

Abismado en su habitación forrada de corcho,
no recuperó las sombras del tiempo perdido,
sino creó un mundo intacto con su semilla.
Recobrar lo ido es levantar cumbres latentes,
las siete montañas originales del creador
que se funden con los corazones gemelos.

El puente que tendió lo divino hacia el artista
hace de su obra engranaje del oasis universal,
vigorosa frente al frígido instante astronómico.
Imaginar es darle sabor a la lógica inteligente;
desencadenado del helado rigor nihilista
llena su hábitat con verdores de la intuición.

De las siete cúspides brotan los vástagos
del genio moldeando en lo irreplicable,
fluyendo por la senda que jamás retrocede.
Fogonazos del pasado viajando al presente,
son aromas y texturas que inventan el futuro
del hombre que tiene el don de inventar.
Alumbrando realidades frescas, indetenible,
avanzando sobre las ruinas del inerte ayer,
exprime el soplo terreno de bienaventuranza,
su magia es la virtud de deglutir el tiempo.

Viaje al fondo de la noche

El hombre viajando
en su agujero negro,
inacabable...
proscrito de la luminosidad
de una noche oscura,
estrellada.

Nació bajo el signo de las dos
grandes guerras criminales,
y el infame genocidio mundial,

que no se dio en la antigüedad ni el renacimiento,
apenas en la reciente modernidad;
tal crueldad inteligente se abatió
en el siglo que se sirvió de las luces
no para crear el edén del Homo sapiens,
sino para el festín del exterminador.

El hombre quiso hacer el traslado
egoísta, ir de las tinieblas a la luz.

Su condición de maldito genial lo
ató a las potencias oscuras;
anduvo sonámbulo entre las paredes
de los submundos de la teratología,
impelido al sin fin de su noche.

Túnel vegetal

Desmodernización entre paredes arbóreas,
pasando de rumiar la actualidad famélica.

Quitar los sentidos del infatigable basurero
maquinista,
y hundirse en la producción de pequeñas
felicidades,
y aspirar del primitivo remanente de bosque
andino.

Privilegiado espectador de óleos
claroscuros de túnel brujo,
asciendo por la zanja musgosa que hace la
trocha chocolate.

Perder la vista en un recodo es vislumbrar el
inmediato silencio,
pararse es la explosión alada de una pava
que huye del intruso.

Presentir la danza nupcial de lepidópteros absorbidos
por el ramaje;
y dar oído al lamento del capulinero violinista que peina,

con intermitente plectro correoso,
la caja de resonancia del dosel.

Pisando fuerte el suelo de arcilla humectada
pervive el fresco aliento de la lluvia cesada,
los habitantes de la selva irradian salud
mañanera.

Árboles ventrudos derraman sus raíces a
flor de piso;
pantzas formando
artríticos y desiguales escalones
traen imágenes de oscuras tardes saponáceas:
resbalones y batir barro en pozos anegados.

El tiempo recobra el sudor del remoto montañista
cargando su tienda como un caracol a los
riscos de Albertina.

La pichona de cóndor de ayer aprestándose a
volar y a ser congelada en una instantánea,
ya batió sus alas hacia el horizonte
naranja,
ya está contenida en el sol de los venados.

Somos la huella que las aguas del mañana lavarán...

Rocinante glacial

Desciendes del caballo de la taiga.
No has transitado por bosques de abedul,
galopas en el país de picos ermitaños,
esos que aún nevados despiden aire primaveral,
desconociendo lo que es convivir con el gélido ártico.

La modernidad te dio ruedas de tracción andina;
manteniendo la mirada triste de un beodo mujic
enrostras a tu par montaraz de norte América,
al todoterreno proveniente del dragón oriental,
y te mides con el caballerote enviado de Albión.

Sueño que sueñas con un paseo rústico,
harto de lidiar con entes histéricos,
con latas de quilates,
con velocistas de atasco,
con modelos aerodinámicos ávidos de aparcamiento
refulgendo en perfiles que emulan al guepardo,
al pacaso,
a la sirena y al hurón...
chatarra del mañana de nube invernadero.

Cuando el horizonte no es más ilusión trepadora
y las ventanas remiten espejos de altiplano,
charcas con patos,
pampas del lobito andino y el curiquingue,
lomeríos dorados,
jardines liliputienses,
cauces de agua fósil,
vertientes abruptas del escalador filósofo...
entonces hay que desmontar y
andar sin volver la vista atrás,
hasta que Rocinante deje de ser el punto familiar de
las lejanías y soledades del paisaje eónico.

Tras caminata otoñal en los misterios del superpáramo,
arrojado en los cúmulos de lava envueltos por húmedo pajonal,
te busqué oteando desde lo alto de una cresta dragonil;
juraba que ibas a presentarte apenas te invoqué en la niebla,
pero era yo el que tenía que encontrarte apacentando en el llano;
era yo el que imaginaba tu relincho emancipador,
aunque siempre estés dispuesto a devolverme a mi cálida cueva.

[...] Y medio mundo feliz

Envejecieron con sus feligreses;
de un fragante tirón, se entumecen;
la sonrisa hierática permanece
tras rapapolvos y elegante disfraz.

Oh, días de gloria astronómica,
en las instalaciones de lo fantástico;

obsequiosos con el cadáver de moda,
santificaron su orden inmedatista.

Bebiendo la pócima de los atareados
subyugaron con el marfil de su risa;
sin librarse de elocuente putrefacción,
subidos sobre la información dinámica,
brindaron cautivante distraimiento.

Maestros en el arte de la primicia,
ante un público adicto
a estremecimientos lejanos,
anhelaron destilar el soma dichoso
y rejuvenecer gratis.

Montados en su estructura útil
para los simulacros de amor,
sirvieron placebos de la perfección
que envilecen original sensibilidad.

Oh, momias mediáticas,
son nuestra adoración,
[...] y medio mundo feliz.

O sea, amados nuestros,
en algún lugar de su fantasía
se escondió la humilde realidad.

Con la dentadura por delante
hicieron el baratillo de la alegría
pródiga en ilusiones populares:
foco del estancamiento evolutivo
de una especie callejera que ha
resignado la disciplina de los
sentidos básicos animados
en la bullente naturaleza del todo.

Nos vendieron su tiesura higiénica
como un sucedáneo del paraíso.
Templos de flamantes babilonias;
sobrios, nos han pasmado con su
vocación de lápidas parlantes;
siervos del dios de la novedad
que se corrompe en su calentura,

pasajera, como la señal abierta
del invisible satélite, orbitando en
corazones helados por la pasión
nihilista del que no camina sino
para rodar, moroso, en el asfalto.

Oh, momias mediáticas,
son nuestra adoración
[...] y medio mundo feliz.

El Refugio

Arriba del fantástico positivismo que inyecta el pensamiento calculador,
arriba de los valles de la primavera otoñal de las humeantes metrópolis,
arriba del runrún de los entes móviles para el vivir desarraigado,
arriba del hacinamiento cultural que ha olvidado al ser de la vida auténtica,
arriba de la naturaleza domesticada para la esclavitud del ser insaciable,
arriba de los parques de cemento adornados con escuálidos árboles:
es la hora del pajonal que hace la epidermis tostada de lomas lúbricas,
es la hora de arrojar al brumoso aliento de la arista del calvario,
es la hora de la sinfonía gris del glaciar ido,
es la hora de pasmar con el encanto de cumbres fantasmales,
es la hora del refugio de altitud tomado por gélido viento,
es la hora de ojos atléticos proyectados hacia sepulcral horizonte.

Cuán sobrio es este aireado cementerio del caos primigenio,
aquí dispersas las cenizas del fuego del principio planetario.
Las lápidas de los afanes guerreros del volcán,
vienen festoneadas por pasajera nevisca aquietando frailejones,
que sueñan con la época en la que había un detente,
cuando respetaban el límite impuesto por las nieves eternas,
y el reposo turnándose con la contemplación eran sus flores;
mas, apenas el sol ecuatorial quite el hielo de su pieles peludas,
tendrán que cumplir la sentencia por el recalentamiento del animal esférico:
¡A trepar y trepar... sois individuos de trepar y trepar!

La Rinconada

Es una impresión alquimista de la caldera,
pegado a la esquina empinada del cráter
habita el silencio verde del Chasqui de Oro.

Recuperando un balcón de bosque andino,
se ha propuesto ser un guardián apostado
en la boca bullente del religioso volcán.

De ese pasamano que domina el valle,
otro observó nutrido bosque de arrayán,
fácil olía a espesura y a recónditas flores,
se bebía el vapor de agua que embellece
y da refugio a aves rapaces y carroñeras,
también a la que canta gratuitamente
y al nectarívoro que pinta lo silvestre.

El lecho que acogía fauna endémica
fue copado con sembradíos y ganadería,
alojando el plástico y pezuñas hirientes
que no pone a redimirse a sus dueños:
el suelo prístino no rinde al comercio vulgar
sino al contemplador de silencios.

El Chasqui de Oro hizo lo fundamental,
ya declaró intocable el pedazo de bosque
que reintegró a la sacra soledad del volcán,
quitándose del sujeto que mina lo tangible:
el excavador de la pared viva de la montaña,
cual da erial y polvo a la línea equinoccial.

Kibutz Gazit

La Baja Galilea propiciando encuentro de mundos,
aquí el joven que experimenta la vida de granja
recogiendo la semilla que mañana
sembrará y cosechará.
Joven presto a atender el riego a goteo,
grabándose en el magín el crisol de socialismo judío:

la historia encarnada de un asentamiento candente.

¿Acaso quieres ver el estereotipo de la raza bíblica?
Ser judío es un sentimiento milenario que se carga,
acá en la mente y en un corazón para doblar espinas;
no es la nariz mercantil y corva o la barba patriarcal,
el aire sagrado de pastor y la religiosidad guerreante,
o los pigmentos varios de la piel que deriva del erial:
ojos que cambiando de tonalidad persiguen un oasis.

Escucha al hombre curtido en la metáfora del furor,
escucha al inveterado habitante de la pampa que borró el asfalto:
es la mirada que ha madurado sin matar el encanto del niño,
faz repleta con el talante de la fortaleza sanmartiniana.

Sorprendido porque aguardaba un timbre hebreo,
y un rostro que integre a los vástagos del reino de Israel;
halló el dialecto de un sentimiento triste que se baila:
la voz del porteño hecho tango en las colinas de Gazit.

La comuna suscitó el lenguaje que reconoce a iguales
por obra del precursor de la mayéutica;
así Caín y Abel, atentos, tras haber olvidado el crimen.

¿Quieres ser escritor?...
De esto que enseñas tus dagas,
lucen filas para atrapar el prosaico futuro inmediato;
y unirse a la servidumbre de pulir la bambalina de trofeos,
embebido por la suave falsía de lo contemporáneo.

¿Quieres trepar?...
Has de sujetarte a la seguridad de la doblez
y hacer bien los mandados de la consagración instantánea,
y usar la capacidad de adaptarse a la sensatez pecuniaria.

¿Forjarás el poder egoísta con tus propias herramientas?
Resume las palabras, ponlas a sufrir encierro mundano;
piérdete, a doble banda, en la línea entre cielo e infierno.
Y que el noctámbulo y el ser solar se turnen matándose,
mientras los frutos intempestivos maduran veinte años,
emergiendo del cofre a respirar estando secos
como el tabaco eminente: dulces, cual dátiles del Señor.
Ya dije, concluyó el cantor de la fortaleza sanmartiniana.

Nacido para trotar

Domesticado por el hombre respondía al nombre.
Nació para trotar en solitario, una cerca le detuvo.
En las ondulantes voluptuosidades de la altiplanicie
decidió, temprano, que tenía más de lobo que perro;
husmeando libre del collar y la trailla extravió al otro,
al obediente que aguardaba el comando del alfa más
y retornaba ágil al redil de los días atentos al dueño.

Su mal arribó encontrándose con la huella olorosa,
la carne palpitante de un roedor lo metió en salvaje,
persiguiendo y matando probó sangre fresca, el elixir
del carnívoro que le puso en el no retorno a la quietud
de un hogar ya ajeno desde ese instante emancipador,
pariendo al ser que descrea de la ración industrial
rica en proteínas y grasa, regio sabor a buen pollo,
y nutrientes que ensayan a ser silvestres.

Nada podía borrar el banquete en el agreste pajonal,
insatisfecho con la insulsa porción de pepas oblongas
hechas para satisfacer a un garañón de corral trasero,
no paraba de trotar en el ínfimo perímetro de su sueño.
Ser perro guardián no era honra para el gran cazador,
aquel que tragó gordo conejo sin desperdiciar un pelo.

Engullendo cualquier piltrafa, masticando odre y hule,
quiso compensar el impedimento de la sangre fresca.
Se fue desgastando como un drogadicto en pos de su
primera alucinación celestial, incansable en el vaivén
hasta que la noche de su suerte llegó: un gato blanco,
suculento, errante desertor de su jaula urbana, noble
desaparecido porque no tiene afán de una sepultura.

Ambos apostaron a la danza del predador y presa,
dióse el lance mortal que ganó el mamífero lobuno,
la carnicería se esfumó con la huella del maullador.
Amaneciendo, el can se echó a dormir su triunfo
sabiendo también que moría el salvaje ahíto de prez:
atragantado ascendió al edén de los carnívoros.

Salud volcánica

Pararse antes del límite nívico,
respirar de la salud volcánica,
andar perdido en sus matorrales,
trechos agrestes de sol y de sombra;
grabar lo irrecuperable
como si nunca fuese a perecer.

Ese movimiento de afuera hacia adentro es
quietud que da de beber a la memoria rebelde;
el paisaje que subyuga el presente del observador
no será el que lo visite mañana;
memoria efímera, otro día serás profunda,
involuntariamente, a través del heraldo que te
remita la suerte de flamantes impresiones.

Caminar y detenerse dentro de la soledad campurosa,
ver para el goce del artista en su futuro sedentario.
Las instantáneas que recogen los ojos artificiales
no hieren el alma,
es avidez fotográfica que el ser intemporal
no revelará en su laboratorio mágico;
cegando lo inmediato,
mañana recuperará lo que se difumina con el corriente
silencio,
en la planta carnívora que deglute una mosca,
en el viento que se arremolina silbante
sobre las cuchillas plateadas.

Cesó el instante del azabache abejorro prendido
a una paja,
equilibrando su peso en ella,
juguetón con Eolo que mecía el frágil tallo
que elástico se doblaba a su musical capricho;
otro es el abejorro que asoma
posándose en azucenas gencianas,
asociándose con verdes almohadillas de páramo.

Ascendiendo de nivel en los lomos del estratovolcán,
la mariposa amarilla,
alas de ojos pardos,
contornos carmesí,

luce extraviada en el musgo gris de los guijarros.

En la base de la cresta del dragón de piedra
es la hora de un furioso otoño;
los cuernos púrpura, de lustre satinado,
alojan el furor que disuade al sujeto que pretende escalar,
desistiendo así de una fatal adherencia a la piel del reptil.

Cobijándose en el filo que divisa alegre cañada,
añora enterrar su cuerpo en tibia arena;
abajo, disipándose, yace el jardín volcánico:
fanerógamas abriéndose a lúbricos avispones,
adornando el suelo inhóspito con islas de color.

Ya ingiere bocadillos de panela y maní;
a falta de queso rancio, cebolla y olivos,
el pan y el vino de la saga sanchopancesca,
sólo se acompaña con el agua de vertiente:
salud del mundo erosionado.

Casita del árbol

Naciste de la aérea esbeltez de eucaliptos aromáticos,
manteniéndote contra cuatro troncos proa a las
vitaminas solares;
fuiste el refugio diurno del infante que se hizo
adolescente trepando por su liana de esparto a la cesta
del tordo azul.

Planeando a partir del trampolín de guadua
a imagen del zorro volador,
el niño alcanzaba la higuera en flor
preñada de dones almibarados,
y sacudía el manojo de frutas ofreciéndole su madurez
púrpura al hocico del lobo domesticado:
el pastor que golosamente circulaba
abajo,
jadeante alzaba a ver al mago que hacía realidad su deseo,
emitiendo alegres ladridos por deglutir el dulce arbóreo.

Cayendo la noche fuiste la guarida del duende Mu,
por tus balcones se paseaba en calzoncillos:
fabricando sombras tenebrosas con su risa salvaje.
Casita del tejado naranja,
a doble agua,
que se hizo verde;
briznas de hierba cubrieron tu testa
forjando un nicho de vegetación epifita,
aislamiento que donó la orquídea con el rostro de
la polilla que amó tomar su néctar.

Cesó la era del equilibrio con los gigantes dormidos.
Pasó la edad de niño viajando en la liana a los higos de la
felicidad de Cerbero ya enterrado al pie del arrayán,
y la carcajada del duende se mudó a otra cuadra virgen.
Esa época de esplendor adolescente se esfumó con el
elfo boscoso transformándose en individuo de provecho.

El mundo material que te suspendía,
entre hercúleos anfitriones,
se derrumbó;
ellos mismo echaron abajo tu cosmos colgante,
estrujaron tu forma hasta reventarte,
no eras una creación de su ramaje.

Casita del árbol,
intempestiva,
asomaste fresca
con el soplo divino del existente;
jamás te rebajaste ante la dictadura,
empaquetada,
de un reloj de oro.

Cónsul Firmin

¡Perfectamente borracho!,
enhiesto en mitad de la algarabía;
su porte regio resalta como Atenea
vigilando el mar de la Antigüedad.

Charros zapatean con el mariachi,
en la plaza mayor es tiempo de muertos.
El Cónsul acaricia la iluminación,
tan cerca de su par Dionisio,
tan lejos de la sobriedad de una lápida.

Con el crepúsculo, calaveras sonrientes,
se retuercen en el festín de los ávidos;
¡salud, mezcalito!, aúllan en su rededor
admirando esa figura de héroe epónimo,
que, a su vez, desde su atalaya, admira
al nevado volcán a escalar a perpetuidad.

Es su propia celebración de difuntos,
la herida de mujer cicatrizó en el pecho;
su corazón es ahora un vasallo de Eros,
ama por amar a la vida entera bullendo
en las pequeñas felicidades de su día,
ya interminable, a partir de los balazos
que le infirieron en el portal del Farolito.

¡Perfectamente borracho!,
bajo el volcán.

Devora, devora, devora en paz...

El bípedo depredador se traga el futuro,
nada se libra de sus fauces desde que saquea el paraíso;
la despensa natural se agota a ritmo de manicomio,
su enajenado sino lo conduce a neutralizarse a sí mismo,
la inteligencia aún no se ha posado en el Antropoceno.

Devora, devora, devora en paz...

Humanos para entretener a muerte hay miles de millones,
la estupidización constituye a la sobrepoblación letal,
la que da sustento a trillones de animales de engorde
que hacen el banquete de la deforestación,
que amasan las delicias para el efecto invernadero.

Devora, devora, devora en paz...

Ríos de agua dulce sacian la sed de la biomasa de sacrificio,
carne roja es sinónimo de monocultivo,
es igual a malgastar los suelos de arado,
es la agricultura para la destrucción planetaria:
bocas rumiantes que eructan devastación,
ductos que execran sinfín de gas metano.

Devora, devora, devora en paz...

Carne que endiosa el gourmet,
carne que engrosa al epulón,
carne que desperdicia el melindroso,
carne que ansía el hambriento,
carne que inculcan los medios,
carne que prometen los políticos,
carne que subsidia el estado despilfarrador,
carne que enriquece al círculo de la carne,
carne que enseguece al ecologista,
carne que inspira al poeta,
carne que exalta al endemoniado,
carne que bendice el santo oficio.

Gran Madre

Gran Madre, nos levantamos otra vez para saquearte,
pero te celebramos orando en los templos del consumismo.
Tus hijos tardíos, los dementes bípedos risibles,
acudimos prestos a las efemérides maternas con sendos presentes,
las baratijas que adornan nuestra enajenación son tuyas:
bendita seas en el cerebritito que sirve al dios desarrollista.

Adoramos nuestro estilo de vida sustentado en la tecnolatría,
el fruto divino de los cielos ya es encarnado robot;
nos despertamos para producir infiernillos,
eriales con letreros rutilantes de paraísos,
aupando la consigna de la estupidización globalizada:
¡entretenimiento a muerte!

El pan de cada día del maquinismo de carne y hueso se amasa
en hediondos hornos que laceran tu piel ayer lozana;
de saludables poros abiertos al sudor natural pasaste,
en un santiamén geológico, a ser nuestra matriz leprosa.
Proyección rugiente y humeante de la belleza artificial.

El festín de los gusanos con fósiles detritos
ya tiene titulares en los tabloides del mañana:
Era Antropoceno,
Edad de oro del positivismo irracional.

Gran Madre, con los milenios renacerás en otros verdores,
atrás ha de quedar el fulgor nefasto del bípedo depredador,
por fin ausente en tu epidermis
no será más el virus terminal.

Banquete de mirlos

Del árbol de arupo emergen voces aladas,
son los invitados al festín de drupas jugosas.
Revienta goce bárbaro en la luz temprana,
píen los oscuros visitantes emplumados,
del ramaje festivo brota el banquete.

Hojas perladas por el rocío,
lanceolado haz de verdes pardos.
Penden titilantes golosinas azabaches;
sobre la densidad de la copa anfitriona
se estacionó la vendimia del ávido mirlo.

Danzan los descendientes aéreos del rey lagarto,
ataviados con el traje lúgubre de su estirpe glotona;
a través de los siglos mantienen el rito primaveral
y se congregan en el tronco que dispensa elixir,
embriagándose con el don del arupo.

Ya dispersan semillas en el hábitat del vate,
el país de los estoicos faiques y las ceibas sensuales;
sobre la cordillera arrugada surgirá la savia,
y nuevas hojas reverdecerán al bosque seco,
repitiendo el ciclo de proveer succulento manjar.

Vendrá otro silbante esplendor de picos voraces,
buches pardos deglutirán el fruto ovoide,
y harán el agitado amanecer del pájaro grave.
Volverán a caer las hojas mustias del hartazgo,
dando pie a la floración de retorcidos estambres,
fragantes rosados viajando al lila claro del estío.

Dragoprincesa

Dragona cuando devora hombres en el clímax orgiástico,
princesa ante los lánguidos ojos del adolescente enamorado.

Fuego de añosa juventud,
dragoprincesa,
temprano se tragó al mundo;
romántica guardián de la heroica familia decadente,
sepultrera de su rancia aristocracia en las ruinas urbanas.

Natural heredera de la furia subterránea de Erinia,
encarnando una divinidad de la noche esperpéntica;
belleza terrible que surge como el magma tectónico
y arrasa con la pureza del muchacho que adora a Ceres.

Jamás se somete al tenor de la normalidad del ámbito solar;
mientras más la refunden en la torre de la lógica del absurdo,
se desencadena y,
con renovada ira salvaje,
reina en las sombras.

Ya viene acometiendo,
con su poder tenebroso,
contra la falsa luminosidad.

La Maga

Fue pantera moviéndose en la náusea bípeda;
máquina de percibir,
relámpago sensual,
generosa en la rayuela del club de la serpiente.

Sigilosa,
desapareció con el último corredor tropical;
felina en trance guerrero,
nictálope;
desafiando a los duendes de la noche
hace el silente recorrido de la cazadora.

Se esfumó,
zafando de la sequía de megalópolis;
no requiere más de un administrador temporal
de su absurda soledad en multitud;
la perentoriedad del deseo,
el cubil de conventillo,
quedó para los gusanos de hacinamiento.

Ya pertenece al son de fresca hojarasca;
vigorosa,
augusta y sola,
persiguiendo sobre el claroscuro del soto
esa ninguna parte que une a la noche y el día.

Si reina en lo mimético,
¿cómo hallar su rastro?
Si es aire de bosque tórrido,
húmedo y lluvioso,
¿cómo enclaustrar su estrella?

Ceguera nocturna

La puerta que abre la noche oscura trae los luceros
de la Vía Láctea.
Luz opacada en los espejos de la vigilia lumínica,

donde la luz artificial se prolonga
en los reflectores que apagan el cielo titilante,
desquiciando el orden planetario.

El día es para los ojos distraídos
con el fulgor de una montaña de plata vil:
basura inorgánica,
contaminación mediática;
ruido de fantoches royendo,
insaciables,
en la piel de la Tierra.

La noche ya no alumbra con los raptos de lechuza,
ni hay lámparas mágicas
cayendo de las esferas que crían genios.
El día es a los atareados lo pecuniario que brilla,
la noche ya no está para presentir,
a un murciélago, eco localizando a su presa;
el día es la suerte de la mecanización humana,
la noche no es el pozo musical
de los batracios cantores;
el día entroniza el alarido de la bocina en oídos atrofiados,
la noche no es más el fasto de amantes
mamíferos al son de luciérnagas.

Perdura la noche oscura
en la estación del labrador,
y en el vivaque del montañero filósofo.

Un mínimo de paisaje vegetal
ayuda a ser fiel al reloj biológico,
apagando las bombillas de su entorno
para encender la fogata íntima
y vislumbrar las constelaciones.

Volver al ser que atiende el horario
de los pájaros diurnos,
es soñar con virginales esferas,
es despertar al alba con la urgencia del ruiñeñor
por las vitaminas solares.

Los terrícolas nictálopes,
medran saludables en las tinieblas
de su signo evolutivo, y,

refractarios al sol,
se guardan al amanecer
en mullidas madrigueras,
apostando por la diferencia,
el divino contraste de las especies:
organismos solares,
espíritus noctámbulos,
equilibrando sus mundos.

El insomne urbanista,
en su afán por perennizar lo diurno,
posesiona la ceguera nocturna
en la rebelión de las masas.

Las masas,
entregadas a su infatigable sociedad con el reflector,
sacrifican a la noche transparente
de los califas de la fábula árabe.

Los astros se quedaron anclados
en las crónicas de caballeros andantes,
perduran en las canciones del capitán
de un buque fantasma.

Los luceros prestan su imagen impoluta
al himno fundacional de megalópolis,
que ensalza a ficciones de cielos estrellados,
que canta a desangelado estar sobre la Tierra.

Oh, adorador de ilusiones,
que halagan a tus ojos alienados,
topo de galerías deslumbrantes.

Oh, seguidor de la luz que enceguece,
sumido en la inacción,
reivindicas navegar
entre los candiles de la inmensidad.

El llanto de Sancho Panza

Hay derroche de lágrimas
programadas para la repetición,
obsequio del ojo que sublima

y se reduce a fuegos fatuos.

Hay lágrimas que se quedan sin pasaje
a lo invaluable que conmueve;
éstas se deslizan mansas
y se van antes de dilatarse,
¿alguien dará testimonio
de su insulsa ligereza?:
sí, en la feria de los impulsos
y confesiones a control remoto;
pero no pesan en el alma,
se pudren cual estopa;
son las más y por ende
caen en multitud vulgar:
agua de pozo amargo.

Las lágrimas de Sancho Panza,
fuera de la máquina de sollozos,
son reacción vital que encierra
el infuso acuerdo entre lo que surgió
y sigue surgiendo cuando se relaja la razón
abriendo las puertas de la percepción.

Las lágrimas de Sancho Panza
hacen huella al reventar,
abren surcos verdes en la tierra
candente,
donde pervive el Toboso ecuatorial
que protege a sin par donosura,
ésa que se recogió en la espera
del heraldo con el mensaje amoroso,
y las alhajas, que le envió el caballero
en retirada,
despidiéndose del mundo
sin sucumbir ante lo útil.

El llanto de Sancho, ¡amigo!,
es un torrente de nutrientes,
bajando como perlas austeras de cuna;
no se atropellan,
brotan una detrás de otra,
cada cual se agiganta a su merced
en las mejillas del sufriente por su rucio perdido,
hasta que la gravedad del asunto las reúne

en la copa de vino del conversador,
refrescando el diálogo del que aprendió a crear
mudándose de piel en los espejos del sudor pétreo:
aquellos que prodigan reales aventuras de a pie
que empiezan con chanzas y risa loca,
y acaban infligiendo tormento a los huesos.

Transmigrando

¡Trashumando solo por los chaquiñanes
que enriquecen el instinto emancipador!

Caseríos de adobe se desperezan
sobre finitos valles de pastoreo.
Maizales de horizonte arrugado,
verde exudación, fruta fiel
a un suelo bendecido
por el don del agua que
corre anunciando la silueta
de huríes residentes de la niebla.

Travesía por lo alto de cañadas
concentrando el perfume de la fronda;
trasmigrar, invisible, en pos del
flotante aposento de las nubes.

Ascender con el cálido céfiro del Niño
a los filos de las diferentes montañas:
homogéneo crisol de lagunas y ríos,
nacimiento de formas epifitas,
teatro de llameantes doncellas:
sinuosidades prietas, senos pardos
de la altitud exenta de hielo y nieve.

Espectador de senda bruñida.
Rojiza peña libre de nombre
tostándose al pie de serpenteante
arroyo de espuma traslúcida
fluyendo en el túnel vegetal
que al final alumbró un bosque
noble y añejo: habitante silencioso

de la lejanía, luz de claraboyas,
concierto alado ausente de motores:
espacio de la lechuza durmiente,
tiempo del cernícalo y su presa.

Arriba refulge la cúspide del
animal manso tomando el
fragante sol del amanecer,
pajonales de la voluptuosidad.

El alma inquieta del ser insobornable,
se despeja con la erupción interior
de los valores que extraña,
aquellos que no puede adquirir
en las factorías de la basura que
ha socializado el aire obscuro y
los cubiles de la ansiedad.

Frente al individuo presto a consumirse
en la esterilidad del mundo rutilante,
sacudiéndose del insaciable callejero
indiferente a su íntima sed y hambre,
el ser resuelto proclama su amanecer.

¡Trashumar solo por los chaquiñanes
que enriquecen el instinto emancipador!

Martes callejero

Rocinante fue internado en un centro de recuperación rápida,
los doctos lo pondrán a galopar con la tardecita,
y es el pretexto para encarnar un martes callejero;
andar con rumbo fijo cercado por la entropía rodante,
confundirse con la metrópoli ahíta de humo estridente.

La hermandad entre ciudades ecuatoriales es tácita,
no requiere de papeles firmados;
el caos vehicular no discrimina por el tamaño,
las requema a todas con igual simpatía,
es indistinguible cuál es más pujante en su trapío metálico.

Me uno solidario a las esponjas de carbón;
soy el ciudadano andando bajo un azul lavado,
que se enferma,
que se oxida.

Arribo a un territorio que refulge entre dispersos árboles,
espacio llamado a ser un remanso del ciclista,
espacio llamado a ser parque de la bipedalización;
Mas, apenas alberga un mínimo nicho biológico,
y el jardín botánico tiene tarifa:
¡Vete a suspirar gratis donde reluce el ruido y el polvo!

En este pulmón azotado por el asfalto,
no hay manera de entrar en lo frondoso,
es una quimera perderse en lo silvestre.
Se extraña una multitud de árboles de sombra;
imposible no ver, oír y oler,
a los emisarios del cemento y los fierros,
sendas placas de bronce los celebran:
son los donantes de la aridez,
donantes del sol de altitud que calcina.

Río oscuro

Música de río púber,
vástago galopante,
fruto de náyade y cerro.

Hilo de agua virgen
bajando de la cordillera;
cayendo en incipiente cañada
criba su melodía entre grandes piedras
grises que lo esconden en la llanura.

Fuente de amores gitanos,
casa de musgos y arpegios,
a la sombra de matorrales cimarrones
brota el cancionero de sapos y ranas.

Pastoral de violines trae el río oscuro.

Los minerales de tierra inhóspita
corren en tu campurosa cuenca.

Pantano de la garza y el pato;
vertiente del cuerpo prieto
de la niña-mujer moldeada
en el turgente amanecer montaños;
campesina ordeñando a los cerros,
fundida en el amplio horizonte
de podocarpus juveniles apostando
a convertirse en un tupido bosque.

Abrevadero de bovinos extraviados,
flor de la lejanía del caballo semisalvaje
que reemplazó al venado,
al lobo y al puma.

Eliminados los animales puros de la evolución,
quedan los cazadores furtivos y sus ralas víctimas;
mas, persiste el génesis de río jocundo,
curador del alma envilecida,
sanador del cuerpo débil.
Signo penetrante que zafa del yugo,
piscina suscitadora de silvestre olvido
que atrapa los oídos del pasajero veedor,
trepado en la cofa de su carabela,
tiene rumbo: el desfiladero de la feminidad.

Tumbarse en el espacio de agua y luz,
rumor constante de infantiles cascadas,
y beber del genio que la serranía liberó.
Refocilarse en la mecedora de paja,
tomar el instante de un paraje enérgico,
fluyendo en el hondo que tiende
su plectro al trampolín pétreo.

Walden

Amanecer alerta entre las flores,
siendo el amo de lo que se explora.
Solo ante el día en que se está despierto,
naciendo irrepetible para regir en lo crudo.
Pasible otra vez tras reparador viaje onírico,
retoñando con la eufonía de los jilgueros.

Vislumbrar a la golosa ardilla con su nuez,
presentir al lobo gris trotando tras su presa ,
imaginar al oso negro atiborrándose de miel,
oír el himno de los habitantes del bosque,
danzar con los colores de la mañana invicta,
ascender con los árboles a tomar baños de sol,
sentir al venero entrando tremulante al hogar,
contemplar en el oleaje verdeazulado del vate.
Las ventanas abiertas al silencio de la hojarasca
beben del aire aromatizado por yerbas invisibles,
se han quitado de la influencia del próspero
para emerger del pozo de luz que enceguece.

Canción del Pirata Urbano

Todo el día pateando el Patrimonio de Humo,
repitiéndome como mejor ciudadano,
por ventura del decálogo del generalísimo,
Diosdado al libre mercado.

Cerrando el bólido a los vahos de cuneta,
saturándome con el aroma de macho cabrío
cargó los aires de parques elíseos;
transitando anclado en mi torre de cristal,
aparto la nariz y la vista de las momias,
reprimiendo las ganas de atropellar.

Tarareando la música de Culincho Sutil
circunvalo derrochando ambiciones:
voy a por una niña con bagaje edilicio
que me ponga el yugo del trabajo municipal,
aprobando instalaciones de hierro
simulando animales en bicicleta,
oxidándose en los redondeles
que saludan al culto chofer Victorino.

El vacío de la vulgaridad frente a la tragedia de la genialidad [...]

Sol de Semáforo se apura a vender maní y chifles,
desatendida de la jerga brutal de los fierros,
sorda a los piropos de cantina,
vestida con el uniforme informal
atempera su juvenil talle afrodita.
Amparada en un sombrero de paja toquilla,
el rostro rociado de crema veraniega,
sufre el jornal esquinero de la luz roja.

Ella brinda a los pasajeros su mimo comercial,
aunque de repente realmente ríe y se sonroja
soñando con el amor a galope en un rocinante glacial,
aquel que recibiría luz verde en su espíritu acorazado
y la quite del festín de ardiente asfalto
sazonado con los despojos de hidrocarburo.

El vacío de la vulgaridad frente a la tragedia de la genialidad [...]

Bella Itinerante,
ave de urbe sulfurosa,
presta a reinar en el hedor callejero.
Embadurnada con el perfume Cómprame
se propone hollar el ápice del pico Consumismo,
tan arriba como la deje el ascensor Prosperidad.
Flor de rascacielos donde anida la demanda,
los adquirientes del producto imprescindible,
que facilita su bonancible careta
entrenada en abrir cerrojos de oficina.
Voz diplomada en el arte de ofrecer
justo lo que otro necesita;
vendiendo el objeto de su adicción
momentáneamente satisface al parlero,
quien al cabo del día la puede parquear
en el paraíso artificial de sus desvelos.

El vacío de la vulgaridad frente a la tragedia de la genialidad [...]

La Edad del Lobo Fino

I

Mañana plomiza,
tibia garúa,
gardenias vestidas de rosa.

Camino de campo rojizo,
vegetación sudorosa,
pinzones en charcos de agua lluvia.

Tortugas gigantes en perspectiva,
reses pastando,
guayabas perfumando la tierra.

Mugir de machos alfa,
piar del sotobosque,
pared de invasiva zarzamora.

Garza morena alerta,
atrapa una anguila en las rocas negras,
y la arena blanca es lamida por la ola.

Forcejeo interespecies,
desaparece la anguila,
la garza planea.

Sendero ecológico,
adoquín que surca el bosque silbante,
opuntias gendarmes del amanecer.

II

Lejos de la avenida Antropoceno,
sin el ruido del palo selfi curioso,
se arriba al frágil sol naciente.

Rugir de lobos en la arena de oro,
reflejos de tortugas marinas danzando,
surcos de arena gris dibujan el remanso.

Manchas de agua turquesa,
rocas porosas,
refulgir de algas oxidadas.

Lágrima de manantial es el cerro nublado,
gemido vaporoso de escalecias,
verde-amarillo perlado de bromelias.

Plataformas color miel,
baldosas arrugadas de tiempo volcánico,
formas caprichosas del fuego de la creación.

Conglomerados de lava petrificada,
figuras del génesis,
pasaje a la dimensión alienígena.

III

Lengua volcánica fósil,
perdiéndose en el celeste aéreo,
empatando con la línea del piélago.

Nubes estriadas que arrea el viento,
lagartijos suspendidos en vertical roca,
avispa de vuelo errático.

Crucero blanco en perspectiva
rompe el recogimiento visual,
pasó.

Agitación en la charca,
zancadas fugaces,
flamencos despegando.

Mañana temprana,
perfumes de flores epífitas
descendiendo al mar vacío.

Bosque seco al mediodía,
purgatorio ascendente
en pos de la siesta prometida.

Mirador ajeno a la estridencia sintética,
bahía libre de bañistas exóticos,
música lenta de nervudos manglares.

Caminar lo que no se ha caminado,
regenerando el sendero de ayer
fuera del quehacer ilusorio monetarista.

IV

Llamado del pingüino tropical,
rayas camufladas en la arena de orilla,
pelícano café de vuelo rasante.

Cangrejos de extremidades prescindibles
se persiguen en paredes arrugadas,
mutilándose entre sí.

Trina el canario María,
atento el papamoscas,
vuela la tórtola de párpados celestes.

Murmullo de agua de manantial,
armonía de la montaña,
elixir del sediento.

Chiflón de las grietas de magma,
frescura de gaviota de lava,
alarido de gavilán pollero.

Irreconocible caminante de acantilado,
sumido en la extraña música del aguaje,
es el sujeto de la experiencia que se extasía.

Árboles barbudos,
hojarasca de palos de ramaje artrítico,
cauces de escoria volcánica.

Trapecio de roca gris en la explanada,
mirador del cactus cabeza de medusa,
resiliencia de bosque abrasado.

V

Cama parda de almendro desnudo,
ramas retorcidas proa al firmamento,
siesta cumplida.

Piedra en la horqueta de palo-santo,
señal de viada para el caminante,
paso a los jardines de la iguana tricolor.

Tortuga carey soñando en la arena soleada,
remanso al amparo de la bajamar,
despertar es un apurado retorno al hábitat.

Pingüinos flotando
se sumergen,
son torpedos submarinos.

Inmersión al horno boscoso,
horizonte de arbustos pegajosos e hirientes,
no hay camino sino es por la línea oceánica.

Verdor de poza estancada en la plataforma desierta,
ausente la rosada corneta de los flamencos,
aletean y se hunden los patillos de picos rojos.

Tortuga gris yerta en lecho de algas,
cadáver que surfeas en la imaginación,
ayer nomás eras la reina de las olas.

VI

Retozando en el mañana sombreado,
en otro silencio cerrados los ojos,
se descubre el secreto de la opuntia.

Recuperando al Chelonoidis elephantopus,
fascinantes críos de siete años,
tortugas gigantes que enterrarán al espectador.

Vigilante golondrina de anillos blancos en las patas,
resaca removiendo guijarros de la caleta escarlata,
lobeznos peleteros jugando en el incendio crepuscular.

Acacia de ramas que abanican,
rumor de gaviotas de lava en la orilla etérea,
ostreros rojos pescando en la tarde temprana.

Aromas almendrados de cedros en flor;
alarido de la mancha de bosque primario ,
fresco sendero tapizado con semillas verde-oliva.

Jardín de opuntias taciturnas ido el pájaro brujo,
pinzones dependientes del cactus emiten su lamento,
manzanillos púberes hacen el túnel del cucuve.

Invasiva supirrosa ahogando el hábitat del copetón,
ciempiés gigante se hunde en la tierra agrietada,
ruge el pleamar en la bahía prístina de playa inclinada.

VII

Peñón oceánico hechizo de bruma y cielo abierto,
ensenada esmeralda de playa veraniega,
versátil panorámica desde el Cerro Gato.

Aterrizaje y despegue de las fragatas del Junco,
fragor y estremecimiento de alas sacudiéndose la sal,
patillos zambulléndose en la quietud del agua dulce.

Dando la vuelta entre sudorosos helechos,
la isla entera asoma al balcón de la fragata magnífica:
los vientos tropicales esculpen paisajes en el tiempo.

Rocas ardientes de iguanas mudando de piel,
fortalezas marrones de orilla volcánica,
pinzones levantando nidos en la colina parda.

Sombra y brisa en la morada del enmascarado de Nazca,
barranco del reclamo existencial de las gaviotas tijeretas:
trampolín a la corriente de aire del futuro pescador.

Caída del sol en el paredón de los suspiros pendientes,
pez águila y prole danzan en la hoguera del ocaso,
lagartijo añil al pie de mangle blanco.

VIII

Canarios María bañándose en las charcas de bajamar;
mundo de las olas de pelícanos surfistas,
campo pétreo adentrándose en mar de sargazos.

Azoga la cola del ave tropical de regreso al nido aéreo;
siesta de lobo marino en el charco atrapando pececillos;
garzas cenizas y aves piratas patrullan en la abundancia.

Caen redondos frutos del mortal manzanillo,
manjar que recoge el pico de parsimoniosa tortuga;
cucuves querellándose en acacia nervuda.

Mirador de bosque seco y eufónico humedal,
lejanía oceánica de metálicos azules y grises,
brisa a la sombra del horizonte de playa blanca seseante.
Riñen las iguanas disputándose amarillento arbusto,
chocan sus cuernos con estrépito en la tierra cuarteada;
arcos de lava son la entrada al mar del cauce volcánico.

Garúa vistiendo de gala a flores del aire,
canario brujo balanceándose en espiga dorada,
ceibo de ramaje perlado por magia ancestral.

Refresca al pie de frondoso mango mañanero,
fantasía de gardenias asociadas con hierbas rastreras,
cucuve a contraluz devorando grillo rojizo.

IX

Rocas erectas de musgoso filo de montaña,
árboles barbudos trinando con los jilgueros,
flores de cera colgando del abismo verde.

Ocaso de relucientes flamencos en pozas salinas,
pinzón tomando el néctar del candelabro de flor amarilla,
lenguas de fuego brotan de las fauces del dragón de Cerro Azul.

Acuarela de iguanas marinas levitando en piscina de piedra,
garza estriada dormita camuflada en tupido majagua,
canta el copetón en el jardín de las diabras lunáticas.

Sendero de las tres siestas,
un techo es hallazgo en la orilla rocosa,
castillo encantado del rey Iguana.

Tijeretas juveniles se recogen en el paredón gris,
lagartijo de trompa magenta engullendo una araña,
playita guardando el mangle de la garza violácea.

Pelícano café planeando rasante con la ola,
media luna de redondas moles ferruginosas,
caleta de periscopios de tortugas oceánicas.

Mariposas magentas de sudoroso pasadizo vegetal,
patillo aleteando entre juncos de agua dulce,
lomas dentadas difuminando en la orilla vaporosa.